

## Amistades y Paisajes



Apenas nacida una relación epistolar, a través de cosas escritas que se dicen. Cautelar por aquello de que nunca se sabe, siempre se tiende a ser un tanto reservado y cauto a la hora de nuevas amistades.

Cuesta salir del círculo conocido. Pero las ganas de aprender un poco más; el afán de entrar en la vida de los demás; la simple curiosidad de conocer hábitos nuevos, induce a dar los pasos. Y no veo yo en ello especiales inconvenientes, ni riesgos o peligros. Se toma la decisión en un momento, se estrecha la mano que tienden, observas un poco y todo arreglado. Después..., ya veremos.

Sería interesante conocer personalmente, o al menos la idea primera que de uno se forman, esa larga lista de personas que te conocen solamente de ver tu nombre escrito, ya sea a través de lo que de vez en cuando dices o porque de ti tienen alguna referencia. Curiosos conceptos los que a menudo nos formamos del desconocido físicamente. La escritura, las ideas, los pensamientos, la propia palabra, los comportamientos, pero mucho más la cara, suele ser espejo de qué entendemos por alma. Sin embargo, vagamente hacemos uso de tantas oportunidades de conocernos como nos presta la vida. De modo sencillo, sin alharacas, ni arrumacos innecesarios y

fastidiosos, porque no era el caso, dos personas completamente desconocidas, distintas por naturaleza, profesión, residencia, un buen día decidimos hacernos amigos, que ya es. Los dos turolenses, él residente fijo allí, yo aquí en esta fastidiosa, grandullona y desgarrada, aunque bella Zaragoza, de donde me escapó cuando puedo al pueblo.

Al amigo Juan Castejón le tocó primero venir a verme, a conocerme y visitar una vez más estas bellas sierras de Albarracín, que uno nunca se cansa de alabar, aunque tengan tantos defectos; pero yo bien poco conocía de sus tierras.

De Cascante del Río, amigo Juan, se escapó un tío mío, que llevaron allí de agostero y pastor, de muy pequeño, y a las tantas de una noche fría de verano apareció por Bezas, muerto de frío y miedo, según él. Porque el amo no le trataba como le había prometido a su padre. Qué tiempos...

Distinto de ese viaje mío y bien que me supo a poco esa tarde del mes de agosto, que tanto te esforzaste en enseñarme esas hermosas sierras donde tú vives.

Por la vereda que sin duda siguió mi tío para regresar a Bezas, pisé yo por primera vez con mi coche, di de bruces por esos hermosos pinares de Rubiales y Villeda a la accidentada paramera y eriales.

Causa sorpresa a poco de abandonar esas llanuras de pinares, toparte con la gran ventana y percibes, allá, hacia Teruel, hacia el Río, como nosotros llamamos desde la Sierra, el panorama multicolor de grandes calveros yesíferos y arcillosos, hasta meterte en la Fuensanta y a poco adviertes la serpenteante hondonada verde de Villeda y allí a tu derecha la torre vigía de su castillo, con las huellas de su reciente restauración colorista, que allá ellos.

Cuando se baja de la Sierra, un poco aprendiz de varias cosas, causa regusto meterte por estas veteranas huertas de Villeda, de ese río que tiene tanta prisa en meterse en Valencia a preñar sus tierras de riquezas, como si le diera vergüenza seguir entre nosotros. ¿Por qué se nos marchan tan pronto estos ríos turolenses...?

Querido Juan, yo soy un sentimental, qué le voy a hacer, y necesito de vez en cuando ver para creer, como el santo aquel. Primero lo mío, lo que me enseñaron a querer, después, seguro, me enamoro de lo otro. Así aprendo a mirar por donde paso, a amar lo que descubro.

Yo creía altas las tierras y suaves lomas de mi Sierra, hasta llegar a esos caminos por donde nos llevaste, ya desde tu mismo

pueblo, bellos y cautivadores paisajes, a pesar de la aridez forzosa a que los tiempos los ha condenado.

Desde nuestras máximas alturas observamos hasta muy avanzada la primavera y el madrugador otoño, esas nieves semiperpetuas, ese hermoso manto blanco del Javalambre enigmático, tomábamos buena nota y hacíamos comentarios.

Con guías así, querido Juan, no es difícil deshacer los enigmas y los mitos y llegar tan pronto y tan a gusto a acercarnos un poco más al cielo. No se puede olvidar la majestuosidad del paisaje que desde esas alturas se divisa, y la pequeñez de otros territorios que nosotros consideramos grandes.

Una gran experiencia la vivida ese día por las sierras de Javalambre. Te cautiva la grandiosidad del territorio que se contempla, verde lujuriente a un lado, desolación por otro, que sobrecogen. Y te da por pensar en estos territorios y sus pueblos irredentos, el desalentador ostracismo de la vida aquí, sin aparente futuro de mejora, con la desilusión y el cansancio auestas, de una larga cadena de despropósitos, de inercias, de pereza, hasta de traiciones, que no tienen fin.

Y te pones a pensar en la Sierra de Albarracín, la de Javalambre, el Maestrazgo y un larguísimo etcétera, de esta querida provincia nuestra de Teruel, que vemos con pena cómo se nos muere entre las manos, sin que acertemos a darle la vida que necesita.

Porque, si somos grandes y no somos pobres. ¿Qué nos ocurre...?